

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LA PREHISTORIA HISPANA

Manuel Pellicer Catalán

La prehistoria, como otras ciencias históricas, frecuentemente está dirigida por una inercia producida por cierta falta de imaginación para discernir problemas y buscar soluciones, para revisar teorías y modificarlas racionalmente.

Frecuentemente se parte de principios preestablecidos y se mantienen teorías obsoletas, base de algunas estructuras culturales, que, cuando se intenta corregirlas, se desmoronan estrepitosamente, creando un vacío difícil y complejo de rellenar, muy especialmente en los campos en que las investigaciones no están a una altura conveniente.

El *neolítico*, caracterizado por la producción de alimentos, ha sufrido en España en estos últimos años intensos cambios por lo que se refiere a su cronología, orígenes, distribución, tipo de habitat y a sus elementos considerados esenciales. Estos elementos, como la agricultura, la domesticación de animales, el sedentarismo, la piedra pulimentada y la cerámica, entre otros, parece que, en conjunto, no son tan esenciales, puesto que alguno de ellos está ausente en los inicios de este horizonte productor, sin que por ello dejemos de considerarlo neolítico. La agricultura no está comprobada con evidencia en las facies del inicio neolítico meridional por la ausencia de molinos y cereales, mientras que en Levante, en la Cueva del Or, en el neolítico inicial de esa facies cardial sí lo está, según

los análisis de cereales con fechas del V milenio a. C. y según las últimas investigaciones de B. Martí.

La domesticación parece ser la primera producción, ya que en la cueva de Nerja se ha constatado la presencia de cerdo doméstico al final del epipaleolítico, según Boesneck, basado en los materiales de nuestras estratigrafías, y ello, si prescindimos de alguna posible intrusión de fauna neolítica en un horizonte epipaleolítico, lo cual no es en este caso probable.

El sedentarismo no es absolutamente consustancial al neolítico, de la misma manera que el nomadismo no es rigurosamente necesario en una sociedad paleolítica o epipaleolítica. En un habitat en cueva como Nerja, por ejemplo, la sociedad magdalenense o epipaleolítica debió tener el mismo sentido sedentario que la neolítica.

La piedra pulimentada, iniciada ya en momentos preneolíticos, no se desarrollará hasta un neolítico avanzado y especialmente en el calcolítico, según demuestran las estadísticas de las cuevas de Andalucía Occidental estudiadas por nosotros.

Procediendo consecuentemente, resulta hoy por hoy ingenua esa nomenclatura de «Cultura de las Cuevas», todavía incomprensiblemente en uso, aplicada por P. Bosch a un círculo del neolítico hispano, que se extendería por zonas donde las cuevas están prácticamente ausentes por razones geológicas, como el valle del Ebro o la Meseta. Sin embargo, después de la aparición de habitats neolíticos de superficie, como les Guixeres y Roc d'En Sardinyá en Cataluña, Arenal de la Virgen y Casa de Lara en Alicante, las Peñas de los Gitanos y Alfacar en Granada, El Egido en Almería, Olelas y Casa da Moura en Portugal, etc., todavía se sigue hablando de la «Cultura de las Cuevas». Esta denominación equívoca provocó, hace ya tiempo, que muchos materiales de la España oriental y central, como las cerámicas de cordones, procedentes de cuevas, sólo por el hecho del lugar de hallazgo hayan sido considerados como neolíticos, siendo la mayor parte de ellos de la edad del bronce tardío. En consecuencia, si existe un auténtico neolítico de superficie y, por otra parte, si existen horizontes preneolíticos y postneolíticos en cueva, no es lícito usar ya la terminología de «Cultura de las Cuevas» referida al neolítico, porque no tiene ningún sentido.

Las viejas teorías difusionistas y orientalistas del neolítico his-

pano han perdido su fuerza, ya que normalmente se tiende a aceptar un neolítico occidental autóctono, sin mediación mediterránea oriental, de tal manera que el neolítico de cerámicas impresas de origen oriental, defendido por casi todos los investigadores, especialmente por L. Bernabo Brea e incluso por nosotros, parece que no tiene base seria, porque la argumentación basada en la analogía y, en consecuencia, en la relación de las viejas cerámicas de Hama, Arpachiyah, Jarmo, Sakce Gözü, Biblos o Mersin con las del horizonte cardial o de la cerámica impresa del Mediterráneo occidental fue un espejismo tan dudoso como el africanista de los años cuarenta, cuando surgían las etiquetas culturales del hispanomauretano e iberosahariano, que ya ni se recuerdan.

A este punto de vista evolucionista y occidentalista ha contribuido la debilidad de los argumentos exclusivamente de base tipológica o comparativa, de los que se suele abusar alegremente en arqueología, y muy especialmente las altas fechas dadas por el C 14, ya que yacimientos como las cuevas de Santiago de Cazalla (Sevilla) y de la Dehesilla (Cádiz) estudiadas por P. Acosta, la de Nerja estudiada por nosotros, la Fosca (Castellón), estudiada por C. Olaria y el abrigo de Verdelpino (Cuenca), estudiado por M. Fernández, colocan el inicio del neolítico hispano en el VI milenio a. C., fecha anterior a la de algunos paralelos orientales o africanos presentados como prototipos. Por razones como ésta, hace ya tiempo, dejó de considerarse, por inconsistente, la relación entre la historiada cerámica roja bruñida del chipriota antiguo, de la segunda mitad del III milenio a. C., o de la cultura siciliana de Diana, con la cerámica denominada «a la almagra» meridional hispana, iniciada dos milenios antes.

Pese a tal ruptura en los conceptos difusionistas, no se puede descartar radicalmente algún posible contacto con el Mediterráneo oriental, para tratar de explicar en nuestro neolítico del V y IV milenio a. C. la presencia de cereales de características orientales y no africanas, como insinúa M. Hopf. De la misma manera, hay que admitir contactos del Levante con todo el círculo del Mediterráneo occidental en el que se integra, para poder comprender el fenómeno de la cerámica impresa y especialmente cardial, que significa un fósil característico en una macrocultura con círculos o facies espe-

cíficas. Parece ser, según nuestras últimas investigaciones, que el neolítico hispano se inicia al sur de Sierra Morena, ya en el VI milenio a. C., independiente de otro círculo europeo, asiático o africano, mientras que el Levante se acoge al mundo de la cerámica impresa del Mediterráneo occidental en un momento posterior, en el V milenio a. C., que, afectando también a parte de Andalucía oriental, se superpone a la arcaica raíz neolítica andaluza occidental, debilitándose hacia el W.

No sería aceptable un neolítico general, único y coetáneo peninsular, sino más bien unos círculos culturales neolíticos, que se desarrollan cada uno de un modo peculiar, pero con interrelaciones en una dinámica general, existiendo grandes lagunas y fenómenos de arcaísmo en ciertos círculos más septentrionales, cuando el calcolítico es ya un hecho en círculos meridionales más progresistas.

Los enterramientos, escasos y representados en el epipaleolítico (Nerja) y neolítico de las cuevas meridionales (Agua de Alhama, Nerja, Dehesilla, Santiago) son individuales y con el cadáver en posición encogida, mientras que en el neolítico final están documentados en la cultura catalana de los sepulcros de fosa, vigente todavía en el calcolítico.

Recientemente con gran iniciativa por parte de una nueva generación de investigadores catalanes y franceses se está intentando renovar el anquilosado cuadro del neolítico del Nordeste hispano, a nuestro juicio, no con demasiada fortuna, por estar las líneas de investigación claramente supeditadas a los atractivos esquemas galos. En el Sur de Francia con base en estratigrafías escasas e incompletas y, por otra parte, en el barajeo de fechas de C 14 y en la presencia de algún elemento cerámico específico, se montó la estructura neolítica, aparentemente forzada ante la necesidad de rellenar lagunas culturales, formada por un mosaico de horizontes superpuestos, que frecuentemente no responden sino a facies estrictamente locales: cardial, epicardial, Montboló, Chassey antiguo, Chassey clásico, Couronne, Ferrières, Veraza, etc.

Con este espejismo ultrapirenaico se está montando también el neolítico catalán, habiendo dado por resultado un neolítico antiguo con los horizontes cardial y epicardial, un neolítico medio con los horizontes Montboló y de los sepulcros de fosa y un neolítico final que, para dotarlo de algún contenido, parece que se insinúa la in-

roducción del fantasma veraciense. Sinceramente creo, por la constante experiencia hispana, que no es recomendable la técnica de adquirir patentes, calcando esquemas que pueden ser válidos o no en otras geografías. No considero serio científicamente crear una cultura basada en un tipo de asa, sea de túnel vertical (Montboló) o de doble mamelón o cordones lisos (Veraza), elementos éstos también presentes en las estratigrafías meridionales hispanas con una cronología bastante anterior, teniendo además presente que los yacimientos epónimos no presentan estratigrafías de contextos suficientemente claros.

Examinado el cuadro actual del neolítico catalán, creo que se impone una purificación, despojándolo de etiquetas superfluas, teniendo en cuenta también las investigaciones que con seriedad se realizan al Sur de Cataluña, donde los investigadores del Levante y del Mediodía peninsular se han dedicado a localizar, primero, y a estudiar, después, estratigrafías elocuentes, donde se puede leer mucho mejor que en las colecciones de aficionados o en estratigrafías débiles y mezcladas.

En este sentido puede hablarse racional y simplemente, por ahora, de un neolítico antiguo con cerámicas decoradas, impresas o cardiales, y de un neolítico reciente con cerámicas lisas, en el que ya tiene sus raíces la llamada cultura de los sepulcros de fosa integrada también en el calcolítico. Lo que ya no sería lícito es atribuir los sepulcros de fosa a un neolítico medio por efectos de relleno, ni, por supuesto, ese llamado «veraciense», definitivamente calcolítico, a un neolítico final catalán.

Respecto a la nomenclatura, características, cronología y origen del *calcolítico hispano*, todavía estamos sufriendo el lastre de viejos conceptos poco correctos.

El antiguo «eneolítico» fue borrado en el Congreso de Almería de 1949, para dar paso al inexistente «bronce I hispano» que tanto auge tuvo desde los años cuarenta. Por otra parte, el término «neo-eneolítico» es inoportuno, bajo nuestro punto de vista, puesto que una cultura puede ser neolítica o eneolítica o acaso de transición, pero no los tres conceptos a la vez. El calcolítico, sinónimo de eneolítico o de edad del cobre, se destaca como una cultura concreta entre el neolítico y la edad del bronce.

Las características del calcolítico hispano, no siempre aceptadas

todas ellas, serían, en primer lugar, la aparición de la metalurgia del cobre y del oro, lo cual no significa que la ausencia de metal en un yacimiento o círculo cultural no implique su enmarque en el calcolítico, si conviven otros elementos culturales específicos. La escasez o el no hallazgo de cobre en un yacimiento no quiere decir la no existencia de ese metal o de esa cultura del cobre.

El enterramiento colectivo es típico del calcolítico, aunque puede darse también el enterramiento individual, como sucede con el final de los sepulcros de fosa o con el fenómeno campaniforme, todavía de problemática muy controvertida en cuanto a sus orígenes, función y cronología, a pesar del reciente intento de Harrison.

La teoría de los inicios neolíticos del megalitismo portugués, basada en la pobre y arcaizante tipología de los ajuares funerarios y en las altas fechas dadas por el C 14 (Carapito: 3.200 a. C.), hay que tomarla con reservas por ausencia de estratigrafías investigadas. El enterramiento colectivo calcolítico se presenta con diversos tipos sepulcrales, según círculos y cronologías, como el megalito en las modalidades de dolmen, de galería, de corredor, primeramente, a pesar de sus posibles pervivencias, y posteriormente en las modalidades de tholos y cueva artificial. El estudio de los túmulos del N. y NW. peninsular, llamados «mámoas» en galaicoportugués, alternativa del megalito circunstancialmente y que perviven durante más de dos milenios, jamás ha sido abordado seriamente por la poca espectacularidad de sus ajuares, lo cual no deja de ser una razón muy poco científica.

La aparición del poblado fortificado, próximo a desembocaduras de ríos y en puntos estratégicos de paso en rutas de metales de los círculos de Portugal, Almería y Murcia, como Vilanova de San Pedro, Zambujal, Santa Justa, los Millares, Campos, Cerro del Plo-mo, etc., es síntoma de un calcolítico pleno, de carácter considerado colonial o comercial marítimo, teoría sólo parcialmente aceptable, considerado el sentido de una colonia, tratándose más probablemente de poblados indígenas de comercio en casos naval, sometidos a influencias externas.

Las cerámicas adoptan formas amplias y abiertas, como los grandes platos carenados y posteriormente de bordes engrosados, típicos del Sur y de Portugal, síntoma de cambio de dieta alimenticia, con superficies bruñidas y fuerte tendencia a evitar la decoración

tan característica del neolítico, aunque se ensaya la técnica pintada y bruñida con motivos geométricos, como sucede en Valencina de la Concepción o en la Cueva de Santiago de Cazalla (Sevilla). Clara excepción es el vaso campaniforme, ya del final del calcolítico, iniciado, al parecer en el tercer milenio a. C., con temática y técnicas heredadas del neolítico medio y final andaluz, especialmente occidental.

En cuanto al utillaje lítico, predominan sobre las etapas anteriores las hachas y azuelas pulimentadas para deforestación y trabajo de la madera, y las grandes láminas de sílex, piezas macrolíticas de aspecto campinoide, como las de Montecorto (Ronda), alabardas y, muy especialmente, las puntas de flecha de sílex de variada tipología y de debatido origen, tanto las de base recta y cóncava de predominio occidental y quizás de aparición anterior, como las de pedúnculo con predominio hacia el Sudeste y Levante.

La industria textil aparece en este momento con la presencia de placas o crecientes de barro con extremos perforados, utilizados como pesas de telar y de fusayolas para hilar.

El aspecto religioso se deja entrever a través de los enterramientos, y muy especialmente por los llamados ídolos de piedra, hueso y marfil, que han sido relacionados con el mundo oriental y egeo, frecuentemente sin demasiado acierto.

El calcolítico significa el gran desarrollo de la agricultura, atestiguada por la abundancia de cereales, molinos naviformes y dientes de hoz de laminillas de sílex denticuladas con brillo de cereal.

El mismo problema evolucionista o difusionista del neolítico, y quizás más agravado, tiene lugar entre los investigadores de nuestro calcolítico, pero en la actualidad, después de las últimas teorías de C. Renfrew, parece ser que el origen de los megalitos y de la primera metalurgia en Occidente, y muy particularmente la hispana, no tiene claras relaciones con Oriente, si nos atenemos a la falta de elementos comparativos evidentes, y muy especialmente a las altas cronologías suministradas por el C 14 en el Occidente Peninsular atlántico en pleno IV milenio a. C., dejando, por supuesto, aparte las últimas teorías de B. Rothenberg sobre el calcolítico de Huelva, carentes de la más elemental base científica.

La periodización podría presentarse como una primera fase, no siempre contemplada, o de transición en el Occidente Peninsular,

iniciada ya en el cuarto milenio avanzado, caracterizada por un microlitismo y un macrolitismo arcaizante y los primeros megalitos con enterramientos colectivos, que correspondería en el Sudeste a los inicios de la llamada «Cultura de Almería» con sus yacimientos representativos de El Garcel y el final del Cerro de la Chinchilla, todavía con cerámicas decoradas, aunque escasas, y vasos de fondo cónico, junto con microlitos geométricos. En la segunda fase o Millares I tendría lugar la expansión del megalitismo y la aparición de nuevos tipos de sepulcros más complejos y poblados fortificados con una cronología dentro del tercer milenio a. C. Una tercera fase o Millares II daría acogida al fenómeno campaniforme, con fuertes pervivencias en toda la Península, excepto en los grandes focos del bronce, como el Sur de Portugal, Sudeste y Levante Peninsular, pervivencias borradas paulatinamente por la edad del bronce, según los círculos, a partir de los inicios del segundo milenio a. C.

A pesar de la moda evolucionista y autóctona sobre el calcolítico hispano, no conviene dejar de contemplar algunos elementos culturales de clara raíz foránea mediterránea, africana u oriental, como son los enterramientos en cuevas artificiales, tan extendidos por el Mediterráneo, los tholoi, frecuentes en el Egeo del tercer milenio a. C. Los poblados con técnicas de fortificación y torres circulares como en el Oriente y en el Egeo del IV y III milenio a. C., algunos ídolos antropomorfos, ya presentes en las culturas anatólicas desde el VIII milenio a. C. y en las de Palestina, Sinaí, Egipto y Egeo del IV y III milenio, si no antes, y sobre todo la presencia de piezas de marfil, como peines, sandalias rituales, botones, materia prima inexistente en la Península Ibérica.

La *edad del bronce* suele confundirse todavía en España, lamentablemente, con la cultura del Sudeste llamada del Argar y con el anacrónico bronce II o pleno. Descontado el calcolítico como bronce I hispano, se impone una nueva periodización para la edad del bronce como condición necesaria para una periodización seria. Por otra parte, nuestro bronce, al menos en sus inicios y en Andalucía, no es tal, puesto que los análisis han constatado la ausencia generalizada del estaño en la aleación del metal, sustituido por arsénico en un 5 %, consustancial en los minerales de cobre usados.

Se está optando por una periodización del bronce con una pri-

mera fase o bronce antiguo que abarcaría, según las periodizaciones de B. Blance, E. Sangsmeister, H. Schubart, W. Schüle, F. Molina y otros, en el Sudeste los inicios del Argar o Argar A, en Portugal las culturas de Ferradeira y del Alentejo, y en la Mancha con los inicios de las Motillas, con una cronología de la primera mitad del segundo milenio en líneas generales; con una segunda fase o un bronce medio o pleno, abarcando el Argar B en el Sudeste, el bronce valenciano con sus grandes interrogantes, las cistas de Sierra Morena, las tumbas de pozo de las Canteras y estratos inferiores de Setefilla (Sevilla), la cultura de Atalaia en el Algarve y la evolución de las Motillas en la Mancha, con una cronología poco precisa dentro de la segunda mitad del segundo milenio a. C.

El bronce antiguo significa el final del megalitismo y del campaniforme con preduraciones y degeneraciones en zonas retardatarias, correspondientes, como siempre, a círculos septentrionales, occidentales e incluso meridionales, siendo sustituido el enterramiento colectivo por el individual con la modalidad de la cista de piedra, del pozo o de la fosa, practicada en el Sudeste dentro de la vivienda, que, a su vez, adquiere planta rectangular, por razones que se nos escapan. La metalurgia del bronce antiguo fabrica puñales de espiga pequeños con remaches, alabardas y puntas llamadas de Palmela, pervivencias calcolíticas, así como anillos de oro, botones con perforación en V, los mal llamados brazaletes de arquero y vasos con carenas medias y bajas, indicando casi todo ello una simple evolución del calcolítico y no un producto global de importación, efecto de una invasión egea por Almería, como se venía propugnando.

El bronce medio o pleno, extendido por los círculos antes citados y con un gran paréntesis en la mitad nordoccidental de la Península como zona retardataria, se halla bien definido en los poblados argáricos del Sudeste estudiados por Siret, en el estrato III B de Orce, en Setefilla I, en los niveles inferiores de los Quemados y del Berrueco (estudiado por J. L. Escacena), en Fuente Alamo, Monachil, Purullena, Motilla de Azuer, etc., caracterizado por los poblados bien defendidos y con enterramientos dentro de las viviendas, específicamente en pithoi, en el Sudeste, por los poblados sin necrópolis bien conocidas en Levante y la Mancha, y por las necrópolis en cistas, sin o con túmulos, pero sin poblados localizados, en Andalucía Occidental y S. de Portugal respectivamente, siendo debidas

estas lagunas culturales puramente a defectos de investigación. No obstante, ciertos elementos materiales, tanto el enterramiento en pithos, como la metalurgia del cobre y plata, las espadas y puñales de remaches, las alabardas con mango, pulseras en espiral y diademas de plata, hachas de filo curvo y especialmente las cuentas de collar segmentadas de pasta vítrea blanca, azul o verdosa y las copas cerámicas, abogan con probabilidad hacia unos contactos culturales con el mundo egeo y especialmente micénico, desde el 1600 a. C. hasta la aparición de los pueblos del mar, que por cierto, muy poco tuvieron que ver con el Occidente, a no ser en sentido indirecto y negativo, rompiendo contactos que se intensificaban.

Durante el bronce antiguo y medio las marismas del Guadalquivir habían sufrido una regresión marina, convirtiéndose en un habitat atractivo y absorbente de poblaciones, cuyos yacimientos, difíciles de localizar, subyacen actualmente en el fondo de las mismas.

El bronce tardío es un complejo cultural confundido en el Sudeste con el final del bronce medio, con el que se interfiere, y en el Norte con la primera edad del hierro. Se presenta muy mal definido y en pleno estado de reestructuración y debate. Su complejidad, agravada por su desafortunada nomenclatura, radica en los múltiples círculos con características culturales específicas muy diversas a causa de la variedad de sustratos, no siempre tenidos en cuenta, y de influencias externas (atlánticas, europeas y mediterráneas) que concurren en su formación y dinámica interna.

Recientemente, por influencia alemana (*spät*) e inglesa (*late*), se ha superpuesto absurdamente en nuestra nomenclatura el término «tardío» al ya existente «final», produciéndose una incongruencia lingüística equívoca, creadora de confusionismo. Lingüísticamente es incorrecta la trilogía «inicial-pleno-tardío», porque lo antitético de «inicial» no es «tardío» sino «final». Si se quiere imponer el término «tardío», habría también que utilizar su antitético «antiguo». Por otra parte, si conceptualmente «tardío» y «final» son sinónimos, no podemos utilizar correctamente la doble y reiterativa terminología vigente y confusa de «bronce tardío» seguido de «bronce final», porque también podría utilizarse al revés, esto es, «bronce final» seguido de «bronce tardío». En consecuencia, debería optarse por la aceptación de un «bronce antiguo», un «bronce pleno» y un «bronce tardío» o «reciente», naturalmente sólo en aquellos círculos

donde aparezcan estos «bronces», como en el Sudeste y Sur de Portugal, y, si fuera necesario, distinguiendo subperíodos o subfases en cualquiera de estos tres horizontes, determinadas por las siglas A, B, C... o I, II, III..., como sucede normalmente en cualquier otra periodización prehistórica habitual.

Hace sólo algunos años en Levante se pasaba del bronce medio al iberismo, abriéndose un abismo de más de medio milenio, vacío que se rellenaba en Cataluña y Valle del Ebro con la mal llamada primera edad del hierro, cuyos protagonistas eran los indoeuropeos o las gentes de las invasiones célticas o hallstáticas. Todo este panorama abusivamente indoeuropeo necesita una seria revisión y reestructuración.

En primer lugar, ha aparecido en el Mediodía y en el Sudeste un *bronce tardío I*, arcaico, tartesio precolonial antiguo en Andalucía Occidental, con préstamos meseteños de esa cultura llamada Cogotas I, que se inicia, al parecer, en la segunda mitad del segundo milenio a. C., perdurando hasta mediados del primero en la Meseta. A ese bronce tardío I meridional, propiamente dicho, habría que aplicarle una cronología entre el 1.100 y el 850 a. C.

En el Sur de Portugal este bronce tardío I, siguiendo a H. Schubart, se correspondería con el horizonte de Santa Vitoria, en el Alentejo con las estelas o tapaderas de tumba grabadas del tipo I de Almagro, de dudosos contextos, en la Meseta con la vital cultura de Cogotas I y en el Nordeste con los primeros campos de urnas, en realidad no conocidos por falta de trabajo actualizado, con periodizaciones y cronologías como las de Bosch, Vilaseca o Taffanel, que habría que poner en cuarentena por falta de bases consistentes, a pesar de las estratigrafías de Cortes de Navarra, Pedrera de Vallfogona, Cayla o Vinarragell debidas a Maluquer, Taffanel y Mesado. Precisamente, por la adaptación de esa metodología cómoda se ha descuidado el estudio del bronce final del Nordeste donde todavía se barajan conceptos centroeuropeos del Hallstatt A, B, C y D de Reinecke publicados en 1906 y remozados por Kimmig en 1950, donde todavía se habla de una primera edad del hierro, cuyo horizonte no aparece con evidencia.

En Andalucía los yacimientos que sirven de base al estudio de ese primer momento del bronce tardío son Fuente Álamo (Almería), Cuesta del Negro (Purullena), Cerro de la Encina (Monachil), Los

Quemados (Córdoba), Los Alcores (Porcuna), Carmona, Setefilla y El Berrueco (Cádiz), antes citados. Las casas, como en el calcolítico son de adobes o tapial y de planta con tendencia oval, después del episodio del bronce pleno del Sudeste y Levante. Pero la pauta de relaciones es dada por la cerámica con sus técnicas decorativas como la llamada del boquique, de raíz, al parecer, meseteña, la cerámica excisa de origen también meseteño según unos, y ultrapirenaico, según otros, la incisa y pintada con temática geométrica de tradición campaniforme, y la bruñida, técnica que ya se había ensayado ya muy tímidamente en el calcolítico suroccidental, como hemos indicado, en Valencina de la Concepción o en Santiago de Cazalla.

El *bronce tardío II*, con una cronología en el Mediodía entre el 850 y el 750 a. C., significa la gran eclosión de la población tartesia precolonial en el Suroeste y especialmente en Huelva, Campiña cordobesa y sevillana, en el Bajo Guadalquivir y en los bordes de las marismas que han sufrido una transgresión marina que ha empujado a la población hacia la periferia. La vitalidad de este bronce tardío II, tartesio precolonial, hace que muchos elementos culturales del Guadalquivir se expandan hacia el Este hasta el río Segura por la vía del Guadalquivir y hacia Extremadura por la Vía de la Plata. Es el momento de las grandes relaciones comerciales con el Atlántico extrapeninsular septentrional, como lo atestigua los bronce tipo ría Huelva, aunque también se fabriquen en la Península, según los moldes de fundición que van apareciendo.

Poco se sabe del enterramiento, excepto en Cataluña con los llamados campos de urnas, y en el Ebro medio con los túmulos y esporádicamente en la Meseta, de orígenes y cronologías muy imprecisos. Simultáneamente en el Norte y en el Sur se impone el nuevo rito de la incineración, traído de Europa y de Fenicia, respectivamente. En esta fase se quieren colocar las estelas decoradas tipo II de Almagro, de Extremadura y Andalucía Occidental, que exhiben una panoplia claramente mediterránea, como los carros de dos ruedas, la fíbula de codo, el escudo con escotadura en V que abogan más bien por una cronología a partir de principios del siglo VIII a. C., dentro del horizonte de las colonizaciones.

En cuanto a la cerámica se generaliza en el Sudoeste la técnica

de la decoración bruñida, denominada tartesia y, algo menos, la pintada geométrica, con formas abiertas de altas carenas.

El *bronce tardío III* dispone en el Mediodía de una cronología muy precisa entre el 750 y el 600 a. C., por coincidir con las colonizaciones semitas de Andalucía y Portugal (Alcacer do Sal). En el Suroeste podría denominársele tartesio colonial reciente, correspondiéndose con el general horizonte orientalizante del Mediterráneo. Aunque lo denominamos bronce, tiene ya lugar la aparición del hierro, importado primeramente por los colonizadores, y muy tempranamente fabricado en el Sur desde donde, a nuestro modo de ver, influiría en el Norte y Nordeste (Agullana).

Entre tanto sigue desarrollándose en el Nordeste la trayectoria de los llamados campos de urnas catalanes, muy ligados al Languedoc y a la cultura norditálica de Golasecca, y la de los túmulos y poblados de casas rectangulares en el Ebro medio, cuya cronología y vías de penetración pirenaica es tan debatida como la presencia masiva de la cerámica excisa bajoaragonesa en el círculo de Caspe, cuyos orígenes son inexplicables por estar ausente al Norte del Ebro medio y concretamente en el Segre, su aparente vía de penetración desde Francia.

Mientras en el Nordeste actúan las corrientes europeas; cuyos poblados no han sido nunca estudiados en Cataluña central, en la costa andaluza desde Granada al Atlántico tiene lugar la fundación masiva de colonias fenicias a partir del siglo VIII a. C., como se ha confirmado en Morro de Mezquitilla, Chorreras, Toscanos, Almuñécar y, al parecer, en la Torre Doña Blanca. Estas colonias con sus redes comerciales hacia el interior por el Guadalquivir y por los puertos de Zafarraya y Frigiliana aculturán el hinterland indígena del bronce tardío del Sur y del Sureste, introduciendo, como ya hemos indicado, la incineración, nuevas técnicas constructivas, la metalurgia del hierro, la cerámica industrializada a torno, tanto la de barniz rojo como la pintada y gris de occidente, la fíbula de doble resorte y, probablemente, en un primer momento la de codo y muy especialmente en el Suroeste una rica orfebrería orientalizante e incluso la escritura llama del Algarve. Es el momento de los grandes sepulcros tumulares sevillanos, síntoma de jerarquías y quizás vieja reminiscencia de los tholoi.

A partir de mediados del siglo VI a. C. los griegos desde Ampu-

rias y Levante completarán la aculturación de Iberia que entra en la historia.

Todo este panorama de nuestra prehistoria trazado deslabazadamente a grandes pinceladas desde el neolítico a los inicios de nuestra protohistoria ha mostrado su candente problemática, cuyas soluciones no se encontrarán en las repetidas síntesis, sino en los análisis de yacimientos y materiales dentro de contextos, en la investigación directa sobre elementos de primera mano. Esta investigación debiera programarse para dirigirla justamente sobre esas múltiples lagunas y sobre esos persistentes interrogantes. Se impone, en suma, la obtención y el estudio serio de estratigrafías sobre horizontes y círculos específicos deficientemente conocidos. Si he conseguido llamar la atención sobre la problemática de aspectos de nuestra prehistoria y protohistoria, me doy por satisfecho.